

**Donación de
FLACSO - Sede Ecuador**

ÍCONOS|20

Revista de Ciencias Sociales
FLACSO-Ecuador
Publicación cuatrimestral
No 20, septiembre, 2004
ISSN 13901249

Los artículos que se publican
en la revista son de exclusiva
responsabilidad de sus autores,
no reflejan necesariamente el
pensamiento de ÍCONOS

Director de Flacso-Ecuador
Adrián Bonilla

Director de ÍCONOS
Eduardo Kingman

Editor de ÍCONOS
Edison Hurtado

Consejo editorial
Felipe Burbano de Lara
Mauro Cerbino
Edison Hurtado
Hugo Jácome
Eduardo Kingman
Carmen Martínez
Franklin Ramírez
Alicia Torres

Producción
FLACSO-Ecuador

Diseño
Antonio Mena

Ilustraciones
Gonzalo Vargas
Antonio Mena

Impresión:
Rispergraf C.A.

FLACSO-Ecuador
Ulpiano Páez N 19-26 y Av. Patria
Teléfonos: 2232-029/ 030 /031
Fax: 2566-139

E-mail: revistaiconos@flacso.org.ec

FLACSO. DE QUINÓ

Índice

Coyuntura

6

A las puertas del abismo

Las implicaciones del TLC para Ecuador

Hugo Jácome E.

14

Las formas de una guerra amorfa: drogas, democracia y derechos humanos en Ecuador

Fredy Rivera Vélez

Dossier

26

Patrimonio, políticas de la memoria e institucionalización de la cultura

Eduardo Kingman Gracés

35

Los centros históricos en la era digital

Fernando Carrión

45

El Pelourinho de Bahia, cuatro décadas después

Paulo Ormindo de Azevedo

53

Exclusión constitutiva: las organizaciones pantalla y lo anti-social en la renovación urbana de Guayaquil

Chris Garcés

64

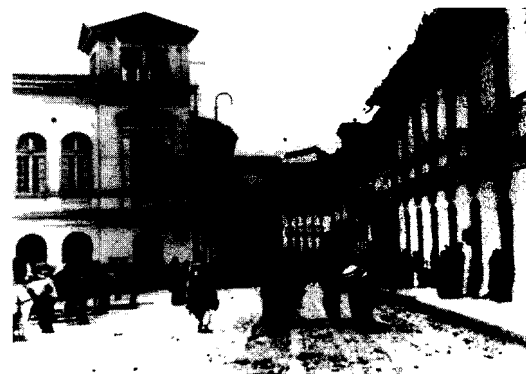
Burocracia: museos, políticas culturales y flexibilización laboral en Guayaquil

Xavier Andrade

73

Museos y patrimonio: fracturando la estabilidad y la clausura

Mireya Salgado



84

Dolarización y desdolarización: más elementos para el debate

Comentarios al dossier de Íconos 19

Rafael Correa

90

Iconofilia y prácticas artísticas

Apuntes sobre la Bienal de Cuenca

Ana Rodríguez



Diálogo

98

Marxismo, ensayo y ciencias sociales

Diálogo con Alejandro Moreano

Eduardo Kingman y Felipe Burbano

Temas

110

Musas, ondinas y misses:

estereotipos e imágenes de las mujeres quiteñas en los años treinta del siglo XX

Ana María Goetschel

114

Historias de misses, historias de naciones

Andrea Pequeño

118

Econometría, teoría política y económica:

el Nóbel de Economía 2003

Salvador Marconi

Frontera

Feminismo, fundamentalismo islámico y la política de la contrainsurgencia

Saba Mahmood y Charles Hirschkind

128

Déficit democráticos y globalización

Manuel Guedán

136

Reseñas

144



Feminismo, fundamentalismo islámico y la política de la contrainsurgencia¹

Saba Mahmood y Charles Hirschkind

Antes de ser expulsados del poder en Afganistán, los Talibán eran vistos en occidente como un régimen retrógrado cuya misoginia intensa y odio a todas las cosas modernas eran típicos del fundamentalismo islámico. Algunas estrellas de Hollywood y la organización Mayoría Feminista (Feminist Majority) hicieron una campaña para “terminar con la discriminación de género en Afganistán”, pero pasaron por alto el papel que Estados Unidos había jugado en la promoción de grupos extremistas islámicos en la región, equipándolos con armas, y creando un ambiente político en el cual la emergencia de los Talibán era un resultado predecible. Saba Mahmood y Charles Hirschkind, de la Universidad de California en Berkeley, cuestionan los supuestos que guiaron la campaña de la Mayoría Feminista y exploran un prejuicio en contra de la religión y la tradición que nubla la visión occidental sobre el mundo islámico.

Durante una noche fresca y con brisa en marzo de 1999, un buen número de estrellas de Hollywood se manifestaron para mostrar su

Mahmood, Saba y Charles Hirschkind, 2004, “Feminismo, fundamentalismo islámico y la política de la contrainsurgencia”, en ICONOS No.20, Flacso-Ecuador, Quito, pp. 128-135.

1 Una versión más extensa y anterior de este artículo fue publicada en *Anthropological Quarterly*, Vol. 75, No. 2, 2002, pp. 339-354. Traducción: María Moreno. Revisión: Carmen Martínez Novo.

apoyo a la campaña de la Mayoría Feminista (Feminist Majority) contra el trato brutal del Talibán a las mujeres afganas. La persona que encabezaba esta campaña era Mavis Leno, la esposa de Jay Leno, quien se había lanzado al activismo político al escuchar sobre la grave situación de las mujeres afganas que vivían bajo el brutal régimen del Talibán. Los miembros de la Mayoría Feminista no sabían que Leno convertiría la grave situación de las mujeres afganas bajo el régimen Talibán en un caso célebre: no sólo las estrellas de Hollywood se unieron a las filas de la campaña que vino a ser llamada “Detengamos el Apartheid de Género en Afganistán”, sino que un importante número de revistas para mujeres (como *Glamour*, *Jane*, *Teen*, etc.), además de publicaciones feministas como *Sojourner*, *Off our back* y *Ms.*, publicaron artículos sobre la grave situación de las mujeres afganas bajo el régimen del Talibán. La Mayoría Feminista afirma que fue su trabajo el que eventualmente disuadió a los oficiales de la compañía Unocal de abandonar los planes para desarrollar una tubería de gas natural en Afganistán, y el que convenció a un Bill Clinton amigable a Hollywood de condenar al régimen del Talibán.

Lo que nos sorprende de esta campaña fue el estudiado silencio sobre el papel crucial que Estados Unidos jugó para crear las condiciones miserables en las cuales estaban viviendo las mujeres afganas. Aunque la Mayoría Feminista y algunas de las publicaciones para mujeres apuntaban hacia la guerra civil como un importante antecedente de la desgracia ac-



Gonzalo Vargas / Antonio Mena

tual de las mujeres afganas, hubo pocos intentos de conectarla con el masivo apoyo militar y económico que Estados Unidos, como parte de su estrategia de Guerra Fría, había provisto al más extremista de los grupos religiosos militantes de Afganistán, lo cual había preparado las condiciones para que los Talibán llegaran al poder.

Dada su masiva popularidad, la campaña de la Mayoría Feminista sirvió como elemento clave en la construcción del régimen Talibán como un enemigo particularmente merecedor de “nuestra” cólera debido a su duro trato a las mujeres. Después de los ataques del 11 de Septiembre, los cuerpos de las mujeres afganas vestidas con la burqa se convirtieron en el signo visible de un enemigo invisible que nos amenazaba no sólo a “nosotros”, en tanto ciudadanos de Occidente, sino a toda nuestra civilización. Como dijo Laura Bush en su mensaje de radio a la nación del 17 de noviembre de 2001: “[Nosotros,] la gente civilizada de todo el mundo, manifestamos nuestro horror, no sólo porque nuestros corazones se duelen por las mujeres y niños de Afganistán, sino también porque en Afganistán vemos el mundo que los terroristas quisieran imponernos al resto de nosotros.”

En el contexto de esta intensa preocupación por las mujeres afganas, es llamativo cuán silenciosa ha estado la mayoría de norteamericanos sobre las bajas civiles resultantes de la campaña de bombardeo estadounidense. En diciembre de 2001 -dos meses después del comienzo de la ofensiva militar estadounidense- el sitio web de la Mayoría Feminista seguía enfocado neciamente en los males del gobierno talibán, sin mencionar a los cientos de miles de víctimas de tres años de sequía que fueron puestos aún en mayor riesgo de inanición debido a que el bombardeo estadounidense restringió severamente la entrega de ayuda en alimentos. La Mayoría Feminista no intentó sumarse a los llamados que hicieron algunas organizaciones humanitarias -incluyendo la Misión de Mujeres Afganas- para detener el bombardeo de tal forma que la comida pudiera ser transportada a

estos 2.2 millones de afganos antes de que llegara el invierno.

El punto central no son las deficiencias y omisiones de la campaña de la Mayoría Feminista, sino los supuestos y actitudes que hicieron posibles tales omisiones. Estas no son específicas de la Mayoría Feminista sino que es-

El punto central no son las deficiencias y omisiones de la Mayoría Feminista, sino los supuestos y actitudes que hicieron posibles tales omisiones: actitudes sobre el lugar adecuado para la moralidad religiosa pública y sobre cómo se supone que dicha moralidad modele y constriña el comportamiento de las mujeres.



tán ampliamente presentes en la opinión pública estadounidense: actitudes sobre el lugar adecuado para la moralidad religiosa pública en las modernas sociedades islámicas y, en particular, sobre cómo se supone que dicha moralidad modele y constriña el comportamiento de las mujeres. El Talibán se ha convertido, de alguna manera, en un fuerte símbolo de todo lo que la opinión pública liberal considera en estos días como lamentablemente equivocado en las sociedades islámicas, prueba de la intensa misoginia hace tiempo atribuida al Islam y, más categóricamente, a aquellos movimientos dentro del Islam a los que se denomina fundamentalistas. Que de los escombros dejados por el juego de las políticas de las superpotencias, desarrollado sobre los cuerpos y comunidades afganas, nosotros sólo podamos identificar las maquinaciones misóginas del fundamentalismo islámico, testifica el poder que tiene esta imagen y la fuerza que ejerce en nuestra imaginación política.

Contrainsurgencia

Es extraño cómo el creciente debate público sobre la intervención estadounidense en la guerra civil de Afganistán no ha alterado el circuito cerrado de la opresión a las mujeres, la maldad del Talibán y el fundamentalismo islámico. De nuevo debemos recordar algo de esta impresionante historia. Los intereses estadounidenses se despertaron en lo que hasta entonces había sido una parte descuidada del suroeste asiático cuando la Unión Soviética invadió Afganistán en 1979. El presidente Jimmy Carter firmó un decreto con el propósito de comenzar operaciones encubiertas en Afganistán para acosar a las fuerzas soviéticas de ocupación a través del suministro de fondos, armas y otras formas de apoyo a los combatientes afganos conocidos como los mujahidín. Para 1986, bajo la administración de Reagan, este proyecto había crecido vertiginosamente, convirtiéndose en la mayor operación encubierta de la historia de los Estados Unidos desde la Segunda Guerra Mundial. En total, los Estados Unidos encauzaron más de 3.000 millones de dólares a los mujahidín, y Arabia Saudita, uno de los aliados más leales de los Estados Unidos, proveyó una ayuda financiera similar, si no superior.

Durante toda la guerra entre la Unión Soviética y Afganistán, los críticos de las operaciones encubiertas de la CIA expresaron principalmente dos denuncias: primero, que el grueso de la ayuda estadounidense fue encauzado a los grupos islámicos más extremistas y conservadores de la oposición afgana; segundo, que como consecuencia indirecta de las operaciones de la CIA, la región afgana-paquistaní se había convertido en el mayor productor de heroína y en un considerable mercado para armas ilícitas. Esta política de apoyar a grupos islámicos extremistas en la región, y dotarles de los equipos militares y de inteligencia más sofisticados, había creado gradualmente, en un período de diez años, el clima político en el cual la aparición del régimen Talibán era un resultado predecible. Aunque el Talibán no llegó al poder hasta

1995, bastante después de que tanto Estados Unidos como la Unión Soviética se hubieran retirado de la región, los métodos del Talibán no eran muy diferentes de los de aquellos grupos a los cuales Estados Unidos y sus aliados habían ayudado. Tampoco son diferentes las prácticas de la Alianza del Norte, a la cual Estados Unidos apoyó -aunque con vacilaciones- durante su campaña en contra del Talibán.

La red de armas establecida entre Estados Unidos, la inteligencia norteamericana (Inter-Services Intelligence), la agencia de inteligencia de Pakistán y los mujahidín era notoriamente corrupta, y muchas de las armas que proveía la CIA terminaron siendo vendidas en el mercado abierto o canalizadas a grupos de combatientes ya conocidos por sus tácticas excesivamente violentas en contra de los no combatientes que habitaban en el área de conflicto. La CIA se hizo de la vista gorda sobre esta fuga de armas, interpretándola como el costo necesario de una operación encubierta y, al hacerlo, convirtió a la región en una de las áreas más fuertemente armadas del mundo. Además, cuando los mujahidín afganos ganaban control sobre las zonas liberadas de Afganistán, pedían a sus partidarios que cultivaran opio para apoyar su resistencia. Bajo la protección de la CIA y de Pakistán, los militares paquistanés y los combatientes de la resistencia afgana abrieron laboratorios de heroína en la frontera entre los dos países. Para 1981 esta región suministraba el 60 por ciento de la demanda estadounidense de heroína. En Pakistán los resultados fueron particularmente siniestros: el número de adictos a la heroína ascendió de un puñado en 1979 a un millón doscientos mil personas en 1995.

Enfocarse exclusivamente en el Talibán como la raíz de los problemas de Afganistán obscurece tanto la causa de esos problemas como su solución. Es típico de las afirmaciones de la Mayoría Feminista decir que “Afganistán, bajo el gobierno del Talibán, se convirtió en el productor número uno en el mundo de opio y heroína ilegal”. Debido a que el Talibán no llegó al poder sino hasta 1995, y que Afganistán ya era para 1985 el

mayor proveedor de heroína en el mundo, esta afirmación era cuando menos una tergiversación de los hechos. Por el contrario, de acuerdo a las Naciones Unidas, el Talibán eliminó la producción de heroína de las áreas bajo su control durante su primer año en el poder. El estrecho enfoque de la Mayoría Feminista sobre el gobierno Talibán y su silencio con respecto a la canalización de ayuda estadounidense a los grupos afganos más brutales y violentos (de los cuales el Talibán era sólo uno), parece arrojar una sombra sobre la integridad de su campaña. Por lo menos surge la pregunta de por qué las condiciones de guerra, militarización e inanición fueron consideradas menos injuriosas para las mujeres que la falta de educación, de empleo y, más notoriamente, de vestimentas occidentales.

El silencio de la Mayoría Feminista sobre estos temas estaba emparejado a una representación altamente selectiva y limitada de la vida afgana bajo el régimen Talibán, que filtraba toda la información que hubiera contribuido a un entendimiento más matizado de la situación de las mujeres afganas. Por ejemplo, el decreto Talibán de prohibir la entrada de niñas y mujeres a las escuelas sólo afectó a una pequeña minoría de habitantes urbanos, dado que la mayoría de la población vive en áreas rurales donde las escuelas son casi inexistentes: aproximadamente el 90 por ciento de la población femenina y el 60 por ciento de la población masculina en Afganistán es analfabeta. De igual manera, apenas se mencionó que la política del Talibán de desarmar a la población -y la estricta vigilancia de todas las áreas más importantes bajo su control- había hecho posible por primera vez en muchos años que las mujeres salieran de sus casas sin temor de ser violadas (por supuesto, ser golpeadas por una variedad de transgresiones morales seguía siendo una clara posibilidad). Por lo tanto, aunque las políticas de los Talibán habían empeorado las condiciones para las mujeres urbanas, no afectaron sustancialmente la vida de la mayoría de mujeres rurales, ya sea porque muchos de los edictos del Talibán ya reflejaban hechos de la vida rural,

o porque aquellos edictos nunca fueron implementados. Tomar en cuenta estas realidades demanda una estrategia más matizada de parte de quien desee ayudar a las mujeres afganas a largo plazo. Ya antes de que empezara el bombardeo, una consecuencia de la campaña de la Mayoría Feminista fue la dramática reducción de la ayuda humanitaria a Afganistán, hecho que sufrieron más duramente las mujeres y los niños, los miembros más vulnerables de la población. Cuando algunos de quienes estaban preocupados protestaron por este resultado, fueron reprendidos por ser blandos con los Talibán. Parecía que cualquier intento de ampliar la discusión más allá de las prácticas reconocidamente brutales de los Talibán estaba condenado a ser etiquetado como antitético a los intereses de las mujeres.

Fundamentalismo

Afganistán y Pakistán han sido completamente transformados por los papeles para los que fueron reclutados durante el conflicto de la Guerra Fría. Una amplia distribución de armas, el entrenamiento militar y la creación de un floreciente tráfico de droga con su concomitante actividad criminal -todo esto en circunstancias de pobreza desesperada- han tenido un impacto radical en las condiciones de la acción política y moral para la gente de la región. Colombia puede servir como una comparación útil al respecto. Como ha sido ampliamente reportado en Estados Unidos, la violencia galopante está directamente ligada a su estatus como uno de los mayores productores y traficantes de narcóticos y a la proliferación de armas asociada con este tráfico. A pesar de que se reconocen el rol de la militarización y las drogas en el caso de la violencia en curso en Colombia, en Afganistán más bien se buscan explicaciones en la sicología del llamado fundamentalismo.

La amplia aceptación de la que goza esta forma de comprender el problema, aún entre feministas como Barbara Ehrenreich, es alar-

mante. En un editorial de noviembre de 2001 en *Los Angeles Times*, Ehrenreich se queja sobre la falta de análisis entre los progresistas del “odio a las mujeres” que los Talibán, y los fundamentalistas islámicos en general, exhiben. Luego procede a ofrecer una explicación para este odio haciendo referencia a una “crisis global de la masculinidad” que supuestamente están enfrentando los hombres del Tercer Mundo, debido a la entrada de las mujeres en espacios de empleo y participación política. Lo que explica la misoginia de los Talibán en particular, sugiere la autora, es la ética masculinista de las *madrasas* (universidades islámicas) en las que sólo se aceptan hombres y por lo tanto están desprovistas de la “influencia potencialmente suavizadora de madres y hermanas”. Dado que Ehrenreich es una experta que frecuentemente ha presentado análisis contundentes de las condiciones materiales de inequidad de género en este país, es sorprendente que cuando concierne al Islam, ella también, tal como la Mayoría Feminista, pueda ofrecer un análisis de las condiciones de vida de las mujeres afganas que apenas topa el contexto de la guerra persistente, la galopante violencia étnica y tribal y la completa desintegración del complicado tejido social de Afganistán que siguió a su participación en la Guerra Fría. En lugar de ello, Ehrenreich fundamenta sus explicaciones en las narrativas populares del impacto psicológico producido por la modernización (“crisis de la masculinidad”) que es ejemplificado por el fundamentalista islámico.

Los parias del mundo

Permítasenos dar un ejemplo de los problemas relacionados con el concepto de “fundamentalismo global”. De manera similar a las mujeres afganas hoy en día, Salman Rushdie se ha convertido en Occidente en un caso célebre desde los años ochenta, cuando el Ayatollah Khomeini emitió un decreto en contra de la vida de Rushdie por haber escrito un libro blasfemo que era supuestamente perjudi-



cial para la sensibilidad musulmana. En octubre de 2001, Rushdie escribió un artículo en el *Washington Post*, del que vale la pena tomar una cita, particularmente a la luz de la autoridad moral que le ha sido concedida en Europa y Estados Unidos como un defensor de las libertades liberales. Refiriéndose a quienes llevaron a cabo los ataques del 11 de septiembre, Rushdie escribe:

“Sea lo que sea lo que los asesinos estaban tratando de lograr, parece improbable que construir un mundo mejor fuera parte de ello. Los fundamentalistas quieren derrumbar mucho más que tan sólo edificios. Esta gente está en contra de -para ofrecer sólo una breve lista- la libertad de palabra, un gobierno responsable, los judíos, los homosexuales, los derechos de las mujeres, el pluralismo, el secularismo, las camisetas cortas, el baile, el no tener barba, la teoría de la evolución, el sexo.”

Continúa después:

“El fundamentalista cree que nosotros no creemos en nada. En su visión del mundo, él tiene sus certezas absolutas, mientras nosotros nos hundimos en complacencias sibiráticas. Para probarle que se equivoca, primero debemos saber que él está equivocado. Tenemos que estar de acuerdo en lo que importa: besarse en lugares públicos, los sánduches de tocino, el desacuerdo, el último grito de la moda, la literatura, la generosidad, el agua,

una distribución más equitativa de los recursos del mundo, el cine, la música, la libertad de pensamiento, la belleza, el amor.”

Esta lista empareja de una manera extraña los principios políticos que se encuentran en el corazón de la política liberal con aquellos seductores íconos de placer que sugieren un agradable sentimiento de auto-reconocimiento y superioridad entre los cosmopolitas. Es como si a Rushdie le preocupara que la seriedad de los primeros no pudiera ser convincente sin el erotismo de los segundos (y aquí anotaríamos que, entre las múltiples violencias que han venido a definir a las mujeres afganas, hay un prenda de vestir que siempre aparece al principio de la lista). La retórica funciona más o menos así: una sociedad en la cual las mujeres no pueden usar minifaldas también está en contra del sufragio adulto; comer sánduches de tocino (o sea, de cerdo) le equipa a uno para disfrutar de la literatura y el cine. En otras palabras, aquellos que han venido a ver al Islam como importante para sus vidas, su política y sus formas de expresión pública -y por lo tanto no comen cerdo, no se besan en público, y no están de acuerdo con la teoría evolucionista- están destinados a vivir en sociedades autoritarias, intolerantes y misóginas. La insinuación implícita es que cualquier desviación de las normas culturales y políticas occidentales se convierte en un peligro para todos los aspectos de nuestras

vidas, desde nuestro sistema político a nuestros placeres privados. Que este argumento se haga ahora, en un momento político en que se les dice a los norteamericanos que estén en alerta constante de “gente que se vea sospechosa”, debería hacernos tomar una pausa y reflexionar.

Sea cual sea el efecto del velo sobre las mujeres que lo usan, también ha obscurecido nuestro campo de visión y nuestra capacidad para reconocer en las sociedades musulmanas algo más que misoginia y violencia patriarcal. Nuestra habilidad para responder a estas formas de violencia dependerá de extender nuestra capacidad de visión.



y Túnez) los partidos políticos islámicos ganaron las elecciones cuando se les permitió participar, y son parte de las voces que luchan por una mayor democratización y liberalización política. En Egipto, por ejemplo, el Partido Laborista (Hizb al-Amal), en coalición con una de las organizaciones islámicas más importantes en el Medio Oriente, la Hermandad Musulmana, presenta regularmente candidatos en las elecciones locales y nacionales. Adicionalmente, en los últimos diez años, los sindicatos egipcios de médicos, ingenieros y abogados han elegido a activistas islámicos para que sean sus líderes y representantes. En muchos casos, son los gobiernos cuasi-seculares de los países musulmanes los que han prohibido la participación de partidos políticos

islámicos (como en los casos de Turquía, Egipto y Túnez) en el proceso electoral.

La religión pública

Frecuentemente se sostiene el argumento de que si el mundo musulmán quiere llegar a ser moderno y civilizado, debe relegar al Islam al espacio de lo privado y lo personal. Se nos ha dicho que cuando se permite a la religión entrar en el debate público y realizar demandas políticas, da como resultado políticas rígidas e intolerantes que son particularmente perniciosas para las mujeres y las minorías.

Uno de los muchos problemas de esta formulación es que ignora las múltiples maneras en que lo público y lo privado están interconectados en la sociedad moderna. Como han reconocido las académicas desde hace algún tiempo, la división entre lo público y lo privado es bastante porosa; los dos están entrelazados íntimamente en todo el mundo. El ejemplo más sorprendente de esta conexión es la reacción que la adopción del velo ha provocado en algunos países europeos y del Medio Oriente. En Francia, por ejemplo, una decisión de las colegialas islámicas de usar tocados en la cabeza fue denunciada como perjudicial para la vida pública francesa; el gobierno francés prohibió los velos en las escuelas públicas en 1994. De manera similar, entre 1998 y 2000 se impidió a más de 25.000 mujeres entrar a los campus de las universidades porque se rehusaron a sacarse sus velos, y cientos de empleadas públicas fueron despedidas, rebajadas de categoría o transferidas por la misma razón. En todas estas instancias se ignoraron los alegatos de las mujeres jóvenes que sostenían que su adopción del velo era una expresión de su fe personal, y no una apología de políticas islámicas censuradas por el Estado. Ambos ejemplos no demuestran solamente que lo privado y lo público están entrelazados sino, de modo más importante, que sólo ciertas expresiones de “fe personal” - y no otras- son toleradas aún en las modernas sociedades liberales. Esto es, lo que queda re-

legado a la esfera de lo personal sigue siendo una decisión *pública*. Por lo tanto, necesitamos cuestionar la idea de que si los musulmanes simplemente privatizan su fe, su comportamiento se volverá aceptable para las sensibilidades seculares.

Una de las razones por las cuales el velo provocó una respuesta tan apasionada entre las feministas en Francia es la suposición de que es un símbolo poderoso del estatus subordinado de las mujeres en el Islam. Algunas feministas francesas apoyaron la prohibición del tocado. En un artículo de 1994 de una intelectual feminista francesa de renombre, Elizabeth Badinter, se señala: “el velo... es el símbolo de la opresión de un sexo. Ponerse jeans raídos, usar el pelo amarillo, verde o azul, este es un acto de libertad con relación a las normas sociales. Ponerse un velo en la cabeza, este es un acto de sumisión. Es una carga para toda la vida de una mujer”. A pesar de que el significado simbólico del velo ha sido discutido frecuentemente, particularmente por aquellos que se oponen a él, la cuestión es mucho más compleja de lo que esta cita sugiere. El velo ha sido cargado con tantos significados en los conflictos políticos y sociales contemporáneos que cualquier adscripción de un significado específico -tal como “símbolo de la opresión a las mujeres”- es poco convincente.

Es interesante que Badinter se oponga a la decisión en favor del uso del velo de muchas jóvenes musulmanas en base a que, en un acto concordante con (y por lo tanto no contestatario a) las normas islámicas de la modestia femenina, no alcanza el status de “un acto de libertad con relación a las normas sociales”. Esto denota el grado hasta el cual el tema normativo del feminismo sigue siendo liberador: se acepta a aquella que desafía las normas sociales (usando jeans raídos y tiñéndose el cabello de azul), pero no a aquella que encuentra

propósito, valor y orgullo en la lucha por vivir de acuerdo con ciertas virtudes tradicionalmente establecidas. La adopción voluntaria de las mujeres de las que son consideradas prácticas patriarcales es explicada frecuentemente por las feministas en términos de falsa conciencia, o de una internalización de valores sociales patriarcales, forzados sobre aquellos que viven en los confines asfixiantes de las sociedades tradicionales. Incluso aquellos análisis que demuestran el funcionamiento de la agencia subversiva de las mujeres en la aprobación de las convenciones sociales, permanecen circunscritos dentro de la lógica de la subordinación y la insubordinación. Una mujer musulmana sólo puede ser una de dos cosas, o descubierta, y por lo tanto liberada, o con velo, y por lo tanto todavía, de alguna manera, subordinada. ¿Pueden ser nuestros brasieres, corbatas, pantalones, minifaldas, ropa interior y trajes de baño tan fácilmente colocados a un lado o al otro de esta división? ¿Pueden ser nuestras actividades diarias y decisiones de vida realmente captadas y entendidas dentro de esta lógica de la libertad o el cautiverio?

Necesitamos desarrollar una forma de pensar sobre las vidas de las mujeres musulmanas más allá de esta simple oposición. Especialmente en momentos de crisis como hoy, cuando tendemos a olvidar que el conjunto particular de deseos, necesidades, esperanzas y placeres que experimentamos no *necesariamente* agotan las posibilidades de desarrollo humano. Necesitamos reconocer que sea cual sea el efecto del velo sobre las mujeres que lo usan, también ha obscurecido nuestro campo de visión y nuestra capacidad para reconocer en las sociedades musulmanas algo más que misoginia y violencia patriarcal. Nuestra habilidad para responder, moral y políticamente, de una manera responsable a estas formas de violencia, dependerá de extender nuestra capacidad de visión.